



Reforma 222. Fotografías: Alejandro Arteaga



# Cuando todo desaparece queda la arquitectura<sup>1</sup>

*Teodoro González de León*

CON EMOCIÓN RECIBO Y AGRADEZCO profundamente este reconocimiento como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana. Es una distinción que me honra y me alienta para seguir enfrentando el presente.

No exagero, todos los días, desde hace 70 años, la arquitectura ha estado en mi mente. Más que una profesión o un oficio, se ha convertido en una forma de vida y la practico, la pienso como un arte. Siempre pensé a la arquitectura como la hermana mayor de las artes plásticas. Es la más pública de ellas porque es la que define y conforma el espacio público de nuestras ciudades. Y estoy convencido que nunca se aprende a hacer, a crear arquitectura, cada nuevo proyecto es una experiencia mental nueva.

El arquitecto debe desarrollar su imaginación y su pensamiento espacial, su capacidad para visualizar y concretar intuiciones e imágenes arquitectónicas. Para mí, la primera visualización sucede en el fondo del cerebro: una imagen, una intuición, una “idea arquitectónica” que enlaza formas y espacios; y cuando eso me sucede, siento que es el momento de realizar un croquis, de transmitir esa imagen mental al papel: un pequeño dibujo que me permite comprobar que la idea se halla atada a la gravedad, que es construible; y si eso sucede hay que pasar a la tercera dimensión:

<sup>1</sup> Discurso dictado durante la recepción del Doctorado Honoris Causa por la Universidad Autónoma Metropolitana en Rectoría General el 14 de marzo de 2013.

con una pequeña maqueta rápida y sin detalles. Entonces empieza la confrontación reiterativa entre la idea arquitectónica y el programa, el sitio. Si pasa la primera prueba, ampliamos el dibujo y la maqueta, y volvemos a confrontarlo. A veces hay que rechazar esa idea porque programa-sitio-espacio y forma no cazan. Y debemos empezar otra vez, creando otra nueva “idea arquitectónica”. Es un proceso abrupto, discontinuo y angustioso de ensayos de prueba y error. No es un proceso deductivo, ni es lineal. Puede salir al término de muchas interacciones o salir a la primera.

No hay reglas, no existen metodologías para el proyecto, para la creación arquitectónica, pero estar preparado siempre ayuda: adquirir una cultura arquitectónica actualizada, y actualizada querrá decir que si recibo el encargo de una biblioteca, por ejemplo, habrá que conocer cuantas bibliotecas estén a mi alcance, en vivo o

por documentos, del pasado y contemporáneas; desde la medieval del Trinity College, la manierista de Miguel Ángel en Florencia, la Nacional de París de Dominique Perrault o la maltratada de Alberto Kalach en Buenavista (un gran edificio abandonado seis años). Aquí cabe una precisión: esa cultura actualizada para cada caso no es posible sin una sólida cultura arquitectónica general. Porque es la que nos orienta a escoger los ejemplos pertinentes que nutrirán cada nueva actualización. Todo nos alimenta: los sumerios, los deconstructivistas, los mayas, Rafael Sanzio o los barrocos alemanes serán el bagaje que requiere la mente para afrontar la creación. Y aquí surge una segunda precisión: la arquitectura tiene que ver con todo: la creación científica es sorprendentemente parecida a la artística, su conocimiento nos alienta y nos inspira. La historia, por otra parte, nos sitúa como seres humanos en un presente y en nuestro espacio-lugar y





Proyecto Arcos Bosques

nación: la literatura, y sobre todo la poesía, comunica directo, da un “conocimiento profundo” muy cercano a los momentos intensos que provoca la arquitectura; y, por supuesto, no concibo al arquitecto sin una vasta y actualizada cultura plástica. La pintura y la escultura, con todas sus variantes contemporáneas que las hacen cada día más difíciles de situar, son las hermanas de nuestra actividad. Las formas del pintor son alimento del arquitecto y viceversa; el arte vive del arte. Todo lo anterior —ciencia, historia, literatura, plástica— constituye el respaldo de una verdadera cultura arquitectónica. Concibo al arquitecto de la misma manera como lo describía Alberti en 1460: un individuo ávido de cultura. Es el hacedor, el responsable de los objetos más duraderos de la cultura. Cuando todo desaparece queda la arquitectura.

Dos actividades se desarrollan simultáneamente a la creación arquitectónica: el conocimiento profundo

del programa y el del sitio. Sitio y programa nos los proporciona el cliente. (Los arquitectos no escogemos nuestras obras.) El programa debemos vivirlo con el cliente, con su participación, y debe ser flexible, porque siempre se requieren cambios de programa para ajustar función y espacio, y organizar la secuencia de lugares que dará coherencia al edificio. El conocimiento del lugar es, tal vez, más complejo. Aparte de sus datos fijos —topografía, suelo, asoleamiento y clima—, se encuentra su relación con el paisaje, con todo volumen y espacio vecino; con la ciudad. La gran tarea del arquitecto es insertar la forma espacial adecuada a esos requerimientos, la que pide el lugar, como decía Louis Kahn. Pero no hay reglas, se hallan ocultas, hay que descubrirlas o en su caso inventarlas; a veces hermanando con lo existente, o rompiendo, contrastando para destacar las formas y los espacios. Y es aquí como la arquitectura hace ciudad, dialoga con el espacio público, marca el sitio, crea un nuevo lugar urbano

que enriquece la ciudad. Es, tal vez, la meta última de nuestro oficio.

Cuando la arquitectura emociona, se convierte en obra de arte universal y no reconoce fronteras, ni espaciales ni temporales. La arquitectura, como toda manufactura humana, se expresa fatalmente con un lenguaje; me corrijo, con un estilo porque se expresa con formas espaciales. Pero, a su vez, creo que toda obra genuina revela ciertos rasgos que la identifican con las manufacturas de cada lugar. Es una reinterpretación del estilo de cada momento histórico y lleva la huella del lugar donde se hace. Pero también estoy convencido de que esa huella no se puede predeterminar o programar con el fin, digamos, de conseguir identidad. Si se programa, se nota, se revela el mecanismo y aparece el pastiche. El proceso es genuino sólo cuando pasa por el subconsciente del artista y se manifiesta en forma misteriosa; es algo que no se sabe bien en qué consiste:



algo en las texturas, en la densidad, la luz, la proporción o en la tectonicidad de la composición.

La arquitectura es un arte que se expresa en cuatro dimensiones, hay que transitar en el tiempo y por sus espacios para recibir su mensaje.

La arquitectura con su lenguaje oscuro —como decía Octavio Paz— nos habla de su tiempo, a quién representa o a quién pretende representar. Y siempre su mensaje es significativo. Y es aquí donde, siento, se halla la verdadera responsabilidad del arquitecto y lo que yo —ajeno a las escuelas— vería como tarea principal de la enseñanza: hacer ver al aprendiz de arquitecto que todos sus trazos son significativos, que tienen el potencial latente para hacer triste y monótono el escenario de nuestras vidas o convertir nuestras ciudades en verdaderas obras de arte y en lugares de silencio, alegría, reflexión y exaltación.

La arquitectura ha cambiado, por supuesto, y se vuelve cada día más compleja: lo que hace 65 años se hacía con la colaboración de 3 o 4 disciplinas de la ingeniería, ahora requiere de 12 o 15 especialistas. Es la más dura de las artes plásticas por su compromiso originario de servicio: en ella recaen todas las demandas de la sociedad actual globalizada y permanentemente actualizada, participativa y consciente del espacio urbano y del respeto al medio ambiente.

Nadie imaginó, ni por asomo, el gran cambio que aconteció en el universo de la arquitectura y de las artes plásticas en los setenta años que me han tocado vivir y participar. Es una lección más: no sabemos nada del futuro, porque el futuro lo hacemos todos enfrentándonos al presente: es el producto, la suma de innumerables y diferentes autores, es por tanto aleatorio e imprevisible. Confieso que nunca he pensado en el futuro, ignoro la arquitectura que haré en los años que me quedan. Vivo enfrentándome al presente, con la experiencia —más bien con la memoria— del pasado, del pasado inmediato y del histórico, pues lo único que disponemos para enfrentar el presente es el conocimiento profundo del pasado. **AAA**

Proyecto Arcos Bosques

